

EL DIARIO DE AVILA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

DEDICADO A SANTA TERESA DE JESUS

A Santa Teresa.

Nuestras, pocas, muy pocas palabras, las necesarias nada más, para poner á las plantas de la insigne avileña, la humilde ofrenda que hoy, aprovechando el día de su fiesta, nos atrevemos á dedicarla.

Poco, por sí solo, puede hacer EL DIARIO DE AVILA en honor de la Santa sin manilla; casi estábamos decididos á no haber siquiera publicado este año número extraordinario, por lo mismo que teníamos el convencimiento de la pequeñez con que habíamos de acudir ante la que en todo supo ser grande, y más que en nada, en la humildad.

El aliento y ayuda valiosísima que de fuera recibimos y la íntima consideración de que no por humilde ha de ser menos grata á Santa Teresa de Jesús nuestra ofrenda, si de todo corazón se la dedicamos, nos decidieron á dar hoy este número á la estampa.

¡Qué decir nosotros de Santa Teresa de Jesús?

¡Cómo cantar las glorias de la Mística Doctora, orgullo, no de Ávila ni de España, sino de la cristiandad entera?

¡De qué modo hablar de la reformadora excelsa de la Orden Carmelitana, de la fundadora de tantas y tantas casas de religión y santidad?

Dedicamos este número á la Santa escogida por Dios, y no pudiendo EL DIARIO ensalzar sus virtudes más de lo que ya están, nos limitamos á testimoniar la veneración nuestra hacia la esclarecida Monja que en sus deliquios amorosos, llegó á donde no había llegado nadie, porque nadie llegó á amar con tanto arrebató y pasión tanta, á su Dios.

Á Santa Teresa de Jesús nuestro amor y entusiasmo, y pues que á las gradas de nuestra preclara paisana llegan las súplicas de sus devotos y á su corazón santísimo las plegarias de sus hijos, acoja la Virgen Carmelitana las nuestras, reducidas hoy á desear que en el corazón de los avileses reine siempre el amor, la veneración y el entusiasmo hacia la que mereció oír llamarse, al Hijo de Dios, Jesús de Teresa.

Santa Teresa de Jesús, alma privilegiada, carácter extraordinario, corazón sublime, genio sin igual en la más amplia acepción que puede darse á esta palabra, bien merece culto y adoración de sus paisanos.

Teresa de Jesús, mujer, es pasmo de su tiempo. Meditando un poco lo que hizo, lo que logró alcanzar venciendo tantos obstáculos y dificultades como se le pusieron á su paso, maravilla.

Una Monja, débil mujer, que en el Convento de la Encarnación apenas puede enterarse de lo que en el mundo ocurre, ve y oye á su Dios, y con su Dios por guía, concibe el proyecto gigantesco de combatir la herejía, no solo con el ejemplo de sus virtudes, sino traspasando los umbrales de su clausura para tomar puesto en la arena, en el campo de combate.

SIN BARBARA, como ella donosamente decía, con enemigos en todas partes y sin otras armas que su inspiración y su fe inquebrantable, logra vencer dificultades, allanar obstáculos y derribar cuanto á su paso se opone, para que al poco tiempo, en la misma ciudad donde tantos combatieron á la Monja de la Encarnación, surgiera el Convento de San José, que muy pronto albergó á LAS MADRES, primeras observantes de la reforma de la Orden Carmelitana.

Después de esta fundación fueron otras y otras, y todas constituyeron, por las resistencias y dificultades que hubo que vencer, otras tantas victorias para aquella mujer invencible que ya no era la débil Monja andariego, sino la Santa, la Venerable, la extraordinaria Madre, Teresa de Jesús.

Y de aquellas fundaciones de San José, de Salamanca, de Valladolid, de Sevilla, de Alba y muchas más, nacieron otras obras admirables de Teresa de Cepeda, á la que con justicia pudo luego llamarse, la Mística y Seráfica Doctora, la Poetisa insigne, la autora de mil obras inmortales que extendieron su fama y la fama de Ávila por los ámbitos todos de la Península, y por los del mundo cristiano y anticristiano después.

¡Qué extraño, pues, que pidamos se conserve en el corazón de los avileses, vivo y perenne, el amor y el culto á la que todo fué amor?

Hoy, como ayer, los avileses sin distinción, altos y bajos, ricos y pobres, tienen á legítimo orgullo, llamarse paisanos de la gloriosa Santa, que por sus virtudes inmaculadas y su amor veheméntísimo, y único, á Dios, es venerada en los altares desde muy pocos años después de su tránsito de esta vida, á la que tanto suspiró por llegar.

Teresa de Cepeda y Rhumada, más tarde Teresa de Jesús y después fundadora y reformadora, tuvo á Ávila por teatro de sus glorias.

¡Cuántas cosas, en nuestra ciudad, nos hablan de la Santa!

La casa donde nació, la Iglesia en que fué bautizada, el Convento donde se educó,

el monasterio que acogió sus votos, los Cuatro Postes, Santo Tomás, la Catedral... Ávila, en fin, porque todo Ávila fué testigo del triunfo conseguido por la Hija ilustre de los Cepedas y Rhumadas al abrirse al culto la Iglesia primitiva del Convento de San José, nos habla á los avileses un lenguaje que mejor que los extraños delirios nosotros comprender por el honor que para los de Ávila representa ser paisanos del Serafín de amor, que si conquistó el cielo con su esfuerzo, dejó á su ciudad natal el mejor timbre de gloria que puede ostentar entre los muchos alcanzados antes por sus hijos.

¡Ávila de su Santa, y Santa Teresa de Ávila!

Lógico es, por lo tanto, que sea el deseo de todos que jamás olvide Ávila lo que á la más gloriosa de sus hijas debe.

Y con esta súplica

á Santa Teresa terminaríamos, si no tuviéramos que cumplir un grato deber con los queridos amigos y distinguidos colaboradores que hoy dan prez á nuestro modesto periódico.

Enviamos á todos la expresión sincera de nuestra gratitud y se la tributamos también, muy cordial, á nuestro querido amigo D. Angel Redondo de Zúñiga, autor de las hermosas fotografías que merced á su amabilidad nos han servido para poder publicar hoy los fotograbados que lleva este número.

Sirvan estas líneas, repetimos, de testimonio de inmensa gratitud, á cantar la cual, Santa Teresa de Jesús dedicó en sus obras, páginas inmortales.

Y terminamos, saludando también á nuestros queridos lectores, los amigos de todos los días, los que con nosotros mantienen comunicación constante y nos alientan en el no siempre fácil camino que día tras día tenemos que recorrer.

Con ellos y por ellos dedicamos este número, débil muestra de nuestro entusiasmo, á la gran Santa y sin par escritora que en el día de hoy es reverenciada por todo el mundo cristiano.

Y como síntesis de las deshilvanadas líneas que anteceden, con todo el entusiasmo de nuestro corazón de cristianos, y de avileses, concluimos diciendo:

¡Viva Santa Teresa, reina de Ávila!

La Redacción.



LA PROCESIÓN DE LA SANTA SALIENDO DE SAN JUAN

Doctrina y Ejemplo.

No se puede negar, que una propiedad de la vida es ser triste y azarosa; porque si bien es cierto que luce á tiempos la brillante luz de un sol risueño y sin manchas, sus influencias con frecuencia se neutralizan por los densos nubarrones de la tribulación, que convierten la existencia en un largo día sin astro que le rija é ilumine.

Una simple sospecha trastorna la paz de una familia: la ingratitud de un amigo, la enfermedad, la calumnia, el remordimiento, son otras tantas nubes que envuelven en tinieblas al espíritu del mortal. Estado es este en el que el hombre puede hacer muy poco por sí mismo; es de necesidad indiscutible el socorro de un ser que le adoctrine y le proteja. Si un ciego se atreviese á caminar por la senda tortuosa y estrecha de una garganta desigual, evidentemente que se expone á tropezar con las prominencias del terreno, á caer en sus bajíos y á estrellarse contra las rocas que forman las sinuosidades de la senda. Pero si el ciego toma un lazarillo, le conducirá sin novedad, agarrándole de la mano y avisándole del peligro.

Si la tribulación es como un atributo de la vida en general, no lo es menos de la vida espiritual. Apenas un alma generosa se decide á abandonar con solemne desprecio las cosas transitorias, empieza á andar por una senda desconocida á los ojos de la carne que no pueden percibir su dirección.

La fe y sola la fe es la que dirige la mente humana en el camino de la contemplación. Pero como el bien y el mal se unen en su naturaleza, es difícil que siempre los distinga, toda vez que el espíritu ferviente quiere volar á las regiones purísimas de la verdad y del bien, más su carne dándole sofrenados continuamente, le obliga á suspender su vuelo y á bajar á la tierra con ella, pues está demostrado, que todo lo grave tiende á su centro, y el de la carne bien se ve que es la tierra de que fué formada.

Además, que si la región de la Luz Inaccesible es el centro del espíritu, no por eso está seguro de volar directamente hacia esa Luz, porque el ángel de tinieblas es muy sutil y también se transforma en luz para desviarle de su tendencia.

Estas sofrenadas de la carne y estas argucias de Satán son los bajíos y tortuosas sinuosidades en que puede caer y estrellarse el espiritual, si no toma Maestro que le adoctrine, enseñándole á rehuir y declinar tan peligrosos estorbos.

Ahora bien, Maestros de espíritus como la Seráfica Doctora, pocos se encuentran en la Iglesia de Dios y ninguno tan recomendable á toda clase de personas; la unción de su doctrina se derrama sutilmente por las venas del alma y ha-

cen alegres las discepciones angustiosas de la virtud, se hace Madre con los niños en ella, y los suministra lácteos consejos, para animarlos á proseguir en el bien comenzado. Maestra con los robustos en la perfección cristiana, les dá el sólido alimento de la perfección, envuelto en la miel dulcísima, que brota de su pluma. Dios es el vértice de la gigantesca pirámide de su doctrina, con la cual conduce al alma por la mano echando bases espaciosísimas desde el principio, y adelgazándola poco á poco con tanta sutileza y finura que el vértice de la pirámide, y Dios que se asienta en ella, son como un punto indivisible transformando al alma en Dios por unión consumada en purísimo amor.

Entre muchas cosas notables y sabrosas que se encuentran en su ciencia, es un documento que llena de bálsamo las heridas del corazón atribulado; tal es la imitación constante de Jesucristo paciente y agonizante en todas las fases en que el espíritu humano puede encontrarse.

La doctrina de Santa Teresa no es como las ciencias humanas, que se consideran como grandes circunferencias, cuyo radios convergen en un punto céntrico que representa el objeto sobre que versan. La ciencia teresiana no conoce otra figura que la figura de la Cruz, ésta es su base y su vértice, y ésta, su principio y su término. Podríamos llamar á Santa Teresa la enamorada de la Cruz.

Así como Cristo padeció ignominiosamente en ella, le siguió á su tumba para resucitar con él, subió al cielo con las señales de la Cruz, y al fin del mundo nos juzgará en presencia de su Cruz, así Santa Teresa se consolaba en su tribulación, sin ejemplo, escudada en la Cruz de su Redentor, y en los sabrosísimos deleites de su resurrección á la extática comunicación con su Dios, no se olvida de la Cruz, murió abrazada con la Cruz, y en sus obras dejó escrito como en testamento la imitación de Cristo agonizando en la Cruz.

¿Qué enamorada de la Cruz! ¿Por qué sería así?...

Porque la Cruz es la solución de todo problema que aflige á la humanidad entera. Si el hombre tiene guerras con sus pasiones, si las tiene con sus semejantes, si hay catástrofes en las familias, es porque no se quiere llevar la Cruz; si nos conformásemos con arrastrar su peso, Dios nos haría llevar nuestra carga ligeramente, porque pesa poco á los hombres de buena voluntad, pero la hacemos pesada por nuestra repugnancia á sufrir.

Es imposible, pues, que el atribulado halle la paz á que aspira, si no la busca allí mismo donde está el Rey de la Paz, mas ved, que el Rey de la Paz está crucificado en la Cruz, luego, imposible es hallarla, si no queremos cosernos con los clavos de la virtud á la Cruz,

que Dios quiso poner sobre nuestros hombros, como Cristo y Santa Teresa se cosieron con la suya.

Entendedlo, atribulados!...
Nuestra paz está en la Cruz.

Fr. Wenceslao del S. Sacramento,
Carmelita Descalzo.

A Teresa de Jesus.

Santa y Doctora, á través de los mares de la vida, con el alma dolorida náufrago llevo á tus pies.

Traigo nublados los ojos por las sombras de la duda, traigo la planta desnuda desgarrada en los abrojos.

Vengo á pedirte salud para el cuerpo y para el alma, la confortadora calma que hay en tu augusta virtud.

Así, como ellos las flores de mi espíritu son hoy sólo en ofrenda te doy, mis recónditos dolores.

Santa y Doctora, que ves del siglo la turbulencia, ahí te dejo mi conciencia depositada á tus pies.

Santa, infunde al corazón la fe que conduce al Cielo, y Doctora, aquí en el suelo presta luz á mi razón.

Emilio Ferrari.

Avila y Octubre de 1904.

DE AVILA NI EL POLVO

Frase atribuida por el vulgo á Santa Teresa

Era yo muy niño: aun no conocía de la vida de nuestra Santa más que los rasgos principales, lo que al calor del modesto hogar de mi familia oía referir á mis cristianos padres, y ya me hacía daño en el corazón el oír en labios de muchas personas, aun de avileses, esa frase inverosímil y absurda puesta en boca de la afabilísima hija de los Cepedas.

¡Pues qué! me decía yo, ¡Tan malos serían los avileses de entonces! ¡Tan malos tratamientos recibiría de ellos aquella insigne hija de su ciudad, que la habrían obligado á salir huyendo de su patria como de una ciudad maldita, de la que ni aun quisiera conservar el polvo que se hubiese adherido á su sandalia?

Y cuando ya mayorcito, me embebía en la lectura de su vida, saboreando á mi manera la suavidad y dulzura de aquel estilo inimitable en su sencillez y en la elevación del pensamiento, me preguntaba á cada paso. ¿Cuándo, pero cuándo, en qué circunstancia de su vida pudo la Santa azotar el rostro de sus paisanos con esa afrentosa bofetada, que habría manchado á los avileses con un borrón indeleble, que habría caído sobre mi amada ciudad como un anatema del Cielo? Y leía y volvía á leer su vida y la historia de sus fundaciones, y por más empeño que ponía en descubrir la ocasión en que el despecho ó la ira hubieran podido arrancar á la Santa tan inverosímil frase,

nada conseguí: cada vez me parecía más absurda en sus labios.

No sé que la Santa saliera de Avila recatándose de ser vista más que cuando, acompañada de su hermanito Rodrigo, á la edad de seis años próximamente, se encaminaban los dos angelitos á tierra de moros para que los descabezasen por amor de Dios. No creo que fuera en tal ocasión cuando la santa niña se descalzase la sandalia y la sacudiese el polvo para marcar con el desprecio á sus paisanos. La generosa niña pensaba entonces en volar al cielo y no tenía motivo para mostrar su resentimiento á la ciudad en que quedaban sus virtuosísimos padres y hermanos, y en cuyo cristiano ambiente había aspirado aquellas auras purísimas que la hacían suspirar por la dicha de los santos.

Cuando muerta su santa madre y casada su hermana mayor, se hizo necesario que dejase por algún tiempo la casa paterna, á fin de alejarla del trato peligroso de algunas personas menos honestas y recatadas, el cristiano y prudente D. Lorenzo no la llevó fuera de Avila, sino que la puso como educanda en el Convento de Santa María de Gracia. Y es de ver el encarecimiento con que habla de la mucha virtud de las religiosas de aquel Convento, y del bien que hizo á su alma el trato y santa conversación con ellas.

Después de haber pasado año y medio en compañía de aquellas santas religiosas, volvió á casa de su padre. Había desaparecido el peligro, y D. Lorenzo no sufría el estar separado de la más querida de sus hijas.

Por haber padecido la Santa una enfermedad grave á poco de volverse á casa, se creyó conveniente para su salud que pasara una temporada en la aldea en que vivía su hermana. Segunda salida de Avila en que aun encaja menos el cuadro de la sandalia sacudida con el acompañamiento de la consabida frase.

Repuesta algún tanto su quebrantada salud y mejorada también en su espíritu, volvió á Avila, la ciudad del anatema, firmemente resuelta á entrar religiosa. No habiendo podido recabar la licencia de su amantísimo padre, quien creía no poder vivir separado de Teresa, salió de casa acompañada de un hermano al que ella había persuadido á que se hiciese religioso. Mas no sale de Avila; no siente en su corazón el despecho que supone la frase «de Avila ni el polvo.» Diríjese al Convento de la Encarnación, si al parecer movida por la grande amistad que tenía con una religiosa de dicho Convento, dirigida por la Providencia para fines de ella entonces ignorados.

Después de haber vivido en el Convento algún tiempo, contentísima de haber dejado las vanidades del mundo, feliz y dichosa por haberse consagrado á Dios, una nue-

va y gravísima enfermedad con que el Señor la visitó, soportada con envidiable conformidad y santa alegría, fué causa de que su cariñoso padre solicitase y obtuviese licencia para sacarla del Convento y llevarla al pueblo de Becedas, donde había una curandera, de quien el vulgo contaba maravillas.

Muy á su pesar y solo por obediencia dejó temporalmente su amado retiro del convento, y por él suspiraba con ansia durante los meses que se vió precisada á esperar antes de ponerse en cura. Duro y penosísimo el tratamiento de la inhábil curandera, se agravó tanto el padecimiento de la Santa, que la tuvieron por muerta durante cuatro días. Vuelta en sí de aquel paroxismo, en el que hubo algo de sobrenatural, según los autores que de ello han escrito, aunque la Santa lo calla, diéronse prisa á volverla á su convento accediendo á sus ruegos y por no contrariarla en sus vehementes ansias. No, no era Avila todavía la aborrecida ciudad cuyo polvo no quería que la tocara la paciente, dócil y agradecida hija de los Cepedas.

Entró de nuevo en su convento viva la que esperaban muerta; pero en tan lastimoso estado, (totalmente paralítica) que inspiraba á todos compasión profundísima. A pesar de todo, fué grandísima su alegría al encontrarse en su celdita y rodeada de sus hermanas de hábito.

Y cuando después de muchos años, pasados entre grandes tribulaciones de espíritu y regalada y favorecida por su divino esposo, Dios la llama á emprender la árdua y difícilísima obra de la reforma de su Orden, es Avila la ciudad elegida, como tierra abonada para depositar en ella el germen precioso que había de desarrollarse y crecer hasta llenar la tierra con sus frondosas ramas y sus frutos de santidad. Teresa fué el instrumento escogido por la Providencia para realizar una obra que asombró al mundo; y de Avila, en su mayor parte, eligió también el divino artífice los más firmes y robustos sillares sobre que se asentó la mística ciudad de la reforma. ¿Sería entonces cuando Santa Teresa arrojase, al rostro de su patria, de la ciudad escogida para poner en ella el nido de sus celestiales amores, la frase que tan inconsideradamente se la atribuye?

Pues bien, solo en esta ocasión, cuando se divulgó el propósito de Teresa de fundar sin rentas un nuevo convento donde era quizá excesivo el número de los que había para el corto vecindario y pobreza de la ciudad, fué cuando Avila, su Concejo, aparece en oposición y tratando de estorbar la obra de su ilustre hija.

No es de este lugar el exponer y juzgar las razones que moverían al Concejo de Avila á oponerse á la nueva fundación. Quizá, humanamente consideradas, nos parecieran excusables, ya que no plausibles.

Mas aquella borrasca pasajera suscitada por el enemigo, no detuvo á la animosa reformadora, ni fué parte á impedir que aquí echase los cimientos de la grandiosa obra.

¿Y quién no sabe que, como la Santa misma confiesa, los años más tranquilos y felices de su vida fueron los que pasó en su amado retiro de S. José de Avila? Y si su ardiente deseo de la gloria de Dios, su encendido amor y devoción tiernísima á la Virgen Santísima, su celo por la salvación de las almas la llevaron á fundar multitud de conventos en otras ciudades, fué siempre S. José de Avila el primogénito de su corazón, su gloria más pura, su tesoro y su precioso relicario. Por volver á él suspiraba siempre que la caridad ó la obediencia la obligaban á dejarle; abreviaba cuanto podía los embarazosos negocios de las fundaciones para tornarse luego á su primer palomarcico á regalarse con su enamorado esposo y recrearse con la conversación de sus santas hijas.

Bien saben los que conozcan medianamente siquiera las obras de la Santa, que Avila fué siempre la ciudad predilecta de Teresa, como Teresa la gloria más grande, más pura, que incomparablemente excede y eclipsa á las muchas de que puede envanecerse la nobilísima ciudad castellana de los caballeros.

Mas no quiero poner fin á este ya largo y pesado artículo sin de-

jar confirmado mi aserto con un incontestable testimonio de la misma Santa.

Dice así en carta escrita á su hermano, D. Lorenzo de Cepeda, desde Toledo á 17 de Enero de 1570.—Olvidóseme de escribir en estotras cartas el buen aparejo que hay en Avila para criar bien esos niños. Tienen los de la Compañía un colegio, adonde los enseñan gramática, y los confiesan de ocho á ocho días, y hacen tan virtuosos, que es para alabar á nuestro Señor.

También leen filosofía y después Teología en Santo Tomás, que no hay que salir de allí para virtud y estudios: y en todo el pueblo hay tanta cristiandad, que es para edificarse los que vienen de otras partes; mucha oración y confesiones, y personas seglares que hacen vida muy de perfección.»

Perdone, mi querido amigo, y perdonen los lectores de EL DIARIO que esperarían ciertamente cosa de más sustancia y más galanamente escrita que estos borrones, vertidos al correr de la pluma y sin tiempo para pulir su rudeza.

Jerónimo Lucas.

Avila 13 de Octubre de 1934.

A Santa Teresa de Jesus

Con torpe lengua y con audacia loca,
Te llamó ilusa el hombre descreído.
Y al averno arrancó grato rugido
Que sólo á dura execración provoca.
A tí de santidad alzada roca,
De Angélico saber, faro encendido;
Blanca paloma que en excelso nido
Ternuras vierte de su dulce beca.
Del amor á tu Dios el fuego santo,
Aun alumbrá las cumbres del Carmelo;
Da aliento á la virtud; al vicio espanto.
¿Quién note admira en tan pasmoso vuelo,
De Avila orgullo, y de la España encanto,
Radiante serafín del almo cielo?

Z.

LA DEVOCIÓN AVILESA

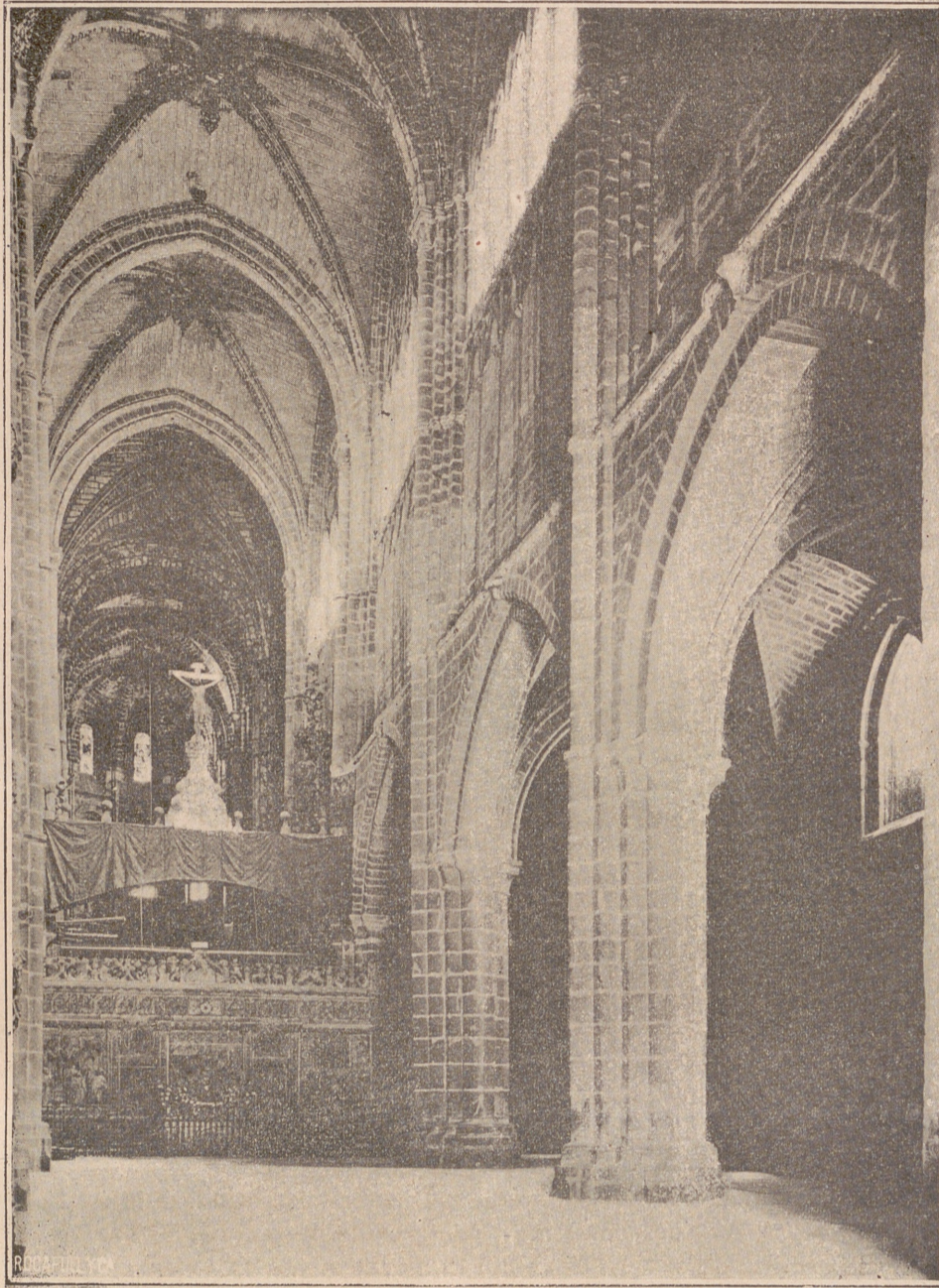
Al forastero que permanece en Avila algún tiempo, al par que sus

joyas artísticas y arqueológicas, le entusiasma y sorprende la devoción tan entrañable, tan ferviente, tan íntima que profesan los abulenses á la angélica Doctora. A pesar del indiferentismo propio de los tiempos, Santa Teresa vive aun en espíritu entre sus paisanos. Tan solo los aragoneses tributan á la *Pilarica* un culto tan sincero y, por decirlo así, tan familiar; pero por lo mismo que Santa Teresa es más humana, más accesible, esa confianza mística se acentúa con los múltiples recuerdos que de su paso por la tierra dejó en su país natal. La vida y las empresas de la Santa son familiares para los abulenses; se habla de ella con afectuosa franqueza; se refieren anécdotas de su niñez; se honran las imágenes á que rindió especial culto; se veneran los confesonarios donde revelaba sus espirituales amarguras; se visita el huerto de la casa de sus padres; se reza en el mismo aposento en que vino al mundo y ante los altares construídos con la madera de sus celdas; se adoran sus reliquias, y cuando la efigie de la Santa abandona su templo, la Virgen de la Caridad, á cuyas enseñanzas y amparo se acogió de niña, parece hacer los honores de la población á la que honró á su Maestra santificándose con sus inspiraciones celestiales.

El conocimiento minucioso de su vida; el recuerdo de sus dolorosas pruebas y la identidad de sentimientos é ideales de esta Santa eminentemente española, prestan un carácter especialísimo á la devoción que inspira.

Jamás he sentido una emoción religiosa tan intensa como la única vez que he visto fuera de su templo la imagen de la austera Carmelita. Al verla recorrer las calles triunfalmente, rodeada de una multitud entusiasta y fervorosa, creía que aun en el cielo había de estremecerse y de admirarse su profunda humildad; y evocando recuerdos de su vida la imaginaba cruzando las mismas calles henchida de ardiente fe y traspasada de indecible amargura, sintetizando el espíritu religioso de su época, eminentemente práctico y regenerador, para vencer á la reforma y contrarrestar los ideales gentiles del renacimiento.

Nunca me pareció la santidad más humana, más edificante; edificante, sí, porque lo es realmente que una niña avilesa, conocida por todos, censurada por muchos de su tiempo, haya subido á los altares á la vista de sus compatriotas, sin perder al sublimarse, su sencillez castellana.

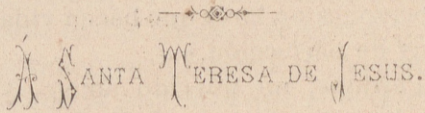


NAVE CENTRAL DE LA CATEDRAL DE AVILA

La devoción hacia santos extranjeros, menos populares, reviste invariablemente cierto carácter de *etiqueta religiosa*; la devoción á Santa Teresa tiene forzosamente que ser íntima, efusiva, entrañable; antes de adorarla se la quiere, y después de conocerla se la admira como égida de la mujer española, cuyo único y verdadero ideal feminista debe ser la imitación de sus prácticas virtudes, de su laboriosidad infatigable y de su cristiana y excelsa sabiduría.

Magdalena S. Fuentes.

Madrid, 12-X-904.



Me asombra ese laurel de poetisa,
Que adorna tu cabeza,
Los sublimes acentos de tu lira,
Tu talento y tu ciencia.

Te admiro entre peligros y trabajos
Impávida y serena,
Devolviendo al Carmelo, donde vives,
Su pristina belleza

Grato es mirar, después que tú pasaste,
Reparando las brechas,
La morada, que habitan los preclaros
Hijos de los Profetas.

Te admiro entre querubos celestiales,
Que en torno de ti vuelan,
Y de las flores puras del Carmelo
Tu bella alfombra siembran

Pero ¡oh, cuánto me place contemplarte
Cuando viendo al Amado en pos de él vuelas,
Y lloras, porque no es veloz el alma,
Que vive entre cadenas!

Quando te miro en brazos del Amado,
Reclinando en su pecho tu cabeza,
Recibiendo sus ósculos, en tanto
Tu alma en deliquio celestial se anega...!

Tímida palomilla,
Nacida entre la nieve de la sierra,
¿Quién te enseñó á amar tanto?
¿Quién en tu corazón puso esa hoguera?

Dame una chispa de ese fuego intenso
Que es lo que más me asombra en tí, Teresa,
Dáme algo de ese amor, de ese amor grande,
Que tu pecho inocente consumiera.

¡Oh, que dulce es tener el alma herida,
Siempre que sea Dios el que la hiera!
Dulce es amar, cuando el amor ardiente
De Dios, solo de Dios, el alma llena.

No, no es amar sufrir, aunque así dicen;
El amar es gozar; oíd á Teresa:
"Luzbel en medio de su infierno horrible
No sería infeliz, si amar pudiera..."

rróilán Perrino.

Rágama y Octubre de 1904.

LA INGRATITUD

Sembrar beneficios es
prepararse una cosecha
de ingraticitudes.

BERNI.

Deseando complacer á Ud., querido Director, abrí al acaso el libro de *Las Moradas* de Santa Teresa de Jesús, con el fin de inspirar, en alguna frase suya, el trabajo que usted me pide para su número extraordinario.

Mis ojos se fijaron, casualmente, en estas palabras: *Así como todos los arroicos que salen de una fuente clara son puros y limpios, así es el alma agradecida; pero si se plan-*

ta en la ingratitude, fuente de negras aguas y de mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad.

Efectivamente; foco de podredumbre y maldición es la *ingratitude*, de la cual dice San Lucas, *que es el pecado más abominable, pues tras él entran en el alma siete demonios peores que el primero.*

Al considerar yo los cuantiosos males que surgen del corazón ingrato, como brotan del monstruo del Apocalipsis, á manera de miembros de cuerpo deforme y asqueroso, aquellas siete cabezas repugnantes, significado de los siete pecados capitales, no pude escusarme de exclamar: ¡Cuántas y terribles son las miserias de esta vida humana!

¡Vulgar exclamación esta, en la que caemos fácilmente, siempre dispuestos á disculpar las cobardías!.. ¡Reflexión embustera; pues á poco que el creyente abra los ojos y avive la intención, la fe le demuestra que esas miserias todas, no son más que quimeras de la fantasía, fraguadas en las quejas con que se exageran los pesares de aquí abajo, y en las esperanzas con que se abultan los placeres!..

También así las juzga la Mística Doctora, al afirmar que solo el apocamiento y la molición del hombre son capaces de dar forma real á esas vanas sombras del ensueño; y celosa por avivar el alma, y devolverla su varonil aliento, la trae á la memoria esta grata y celestial promesa: *Yo haré correr las aguas de la paz sobre las almas atribuladas, y beberán la dulce miel de mis consolaciones.*

¡Delirios son, no más, de la *Loca de la Casa*; de la imaginación abultadora, pues ni aun la dura sentencia de *morir* estima La Santa que es una miseria!..

Padecer ó morir, fueron los gozos de Teresa, y serían también los nuestros, si creyéramos en la sagrada *Comunión de los Santos*, con la misma fe sincera que creyó ella.. Entonces, como ella, miraríamos la muerte, como el mayor y más real de los consuelos...

¿No repetimos á diario, que la vida está llena de miserias?.. Pues la muerte, al acabar con todas, debería sernos deseable, toda vez que es el postrer paso por este lugar de penas, y el primero por la región de la dicha verdadera.

Al sacudir el alma el despojo de estos músculos y nervios; al separarse del almacén de carne y hueso, que no constituye por sí sólo nuestro ser, el alma se aligera, y remonta su vuelo hacia mansiones misteriosas, en busca de aquellos seres queridos, que llamamos *muer-tos*, y que solo son *ausentes*, que de lejos nos oyen y nos aman, y á quienes vamos acercándonos impensada y rápidamente.

En este ser compuesto de alma y cuerpo no existe, en realidad, más que una sola miseria: *la enfermedad*...

La enfermedad del cuerpo, que no puede evitarse, es una miseria positiva y cierta.

La enfermedad del alma, cuya raíz es la *ingratitude*, se cura con el arrepentimiento; luego es una miseria negativa, porque depende de la voluntad. Lo dice Santo Tomás: *no hay pecado alguno que no tenga por base la voluntad.*

La enfermedad del cuerpo, y su aliada la vejez, nos hieren y destruyen á pesar nuestro. Halagan al corazón ficticiamente tapando sus engaños bajo el manto de *vida que no se vive*. (*) pero que al fin es vida, para que nosotros, confiados, no perdamos nunca la esperanza de mejorar y de alargar los días. Pero llega el momento inesperado en que nos acometen de improviso, y entonces, oprimiendo la garganta al cuerpo, le hacen que, como ruina de largo tiempo preparada, en un rápido soplo se deshaga y se reduzca á polvo.

La enfermedad del alma, por lo mismo que es curable, es mucho más rebelde y de resultados más terribles... Su germen y raíz los toma de la *ingratitude*.

De esa concupiscencia odiosa que no solo perturba la vida del hombre, sembrándola de cizaña, con que sofoca los beneficios de su Dios y de su prójimo, sino que torciendo la voluntad al mal, crea y sostiene todas las dolencias del espíritu, de las que, en otra vida, hemos de responder á la Justicia Eterna.

Dice San Agustín que la *ingratitude*, principio y arraigo de todos los males, es viento asolador que seca y abrasa todo bien espiritual, y ciega la puerta de la misericordia de Dios, que ansia correr copiosamente en bien del alma.

Quando mueve la necesidad al hombre, presto se afana éste en pedir á Dios remedio; pero luego que recibe el beneficio, ingrato suelta la carga del deber; niega la deuda contraída, desconoce al protector, y olvidando los favores recibidos, imita la perversidad de los leprosos del Evangelio una vez curados.

Ingrato es todo pecador, cualquiera que sea el pecado que cometa, porque la ingratitude es compañera inseparable de toda traición y delito. Solamente al *ingrato* se le llama mal nacido, porque su acción descubre tan villano origen, que no solo inspira á todos indignación y horror, sino que hasta es vergüenza y oprobio de su misma madre.

No queda más que un solo refugio al corazón ingrato, y ese refugio es el *remordimiento*; pero no el del malvado Judas, sino el *remordimiento* de Pedro, anuncio y fuente del arrepentimiento verdadero, y, que por lo tanto, es la única medicina capaz de devolver al espíritu la salud perdida.

Al concedernos Dios el bien in-

(*) Santa Teresa.

estimable del *remordimiento*, usó, pródigamente, de su bondad hacia nosotros, pues todo desasosiego que produce el mal, es activo llamamiento al bien, y no existe corazón alguno, con resto de honradez, que no bendiga, y reciba apresurado, á esa inquietud bienhechora, que salvó á San Pedro...

Por duro que parezca el *remordimiento*, es siempre un diligente y leal amigo, que nos abre las puertas de la salvación; porque así que nos rejonea el aguijón del *remordimiento*, asoma, en el cielo del alma, la aurora de su curación; pues Dios, ávido de sanarla y de salvarla, la persigue, ofreciéndola de nuevo aquella salud que abandonó...

Es el *remordimiento*, acusador y juez de la propia infamia, y, como los tres anidan en el mismo seno, juntos enjendran la conciencia, que es el azote de la culpa...

¡Desdichado el hombre ingrato, que, sordo al *remordimiento*, desatiende la invitación que éste hace á la voluntad para que vuelva al bien!.. ¡Desventurado él, si asesino extrangula su conciencia, y, con ella muerta, consiente que se separen alma y cuerpo!.. ¡Ya no hay remedio entonces!.. ¡Se ha consumado para él la mayor desdicha!.. ¡Al lado de esta, nada significaron las demás: apenas si fueron fútiles quimeras sin otra resonancia que la ruina que alcanzaron en la frágil y transitoria vida de un día!.. Pero la *ingratitude ó enfermedad del alma*, que el arrepentimiento no curó, esa fué la miseria verdaderamente dura y espantosa, porque esa no acabó!.. ¡Esa, como trueno siniestro y estridente, resonó y se prolongó, para siempre, en el espacio inmenso de la eternidad!..

¡Todo lo ha perdido!.. ¡Desconoció el *ingrato* el fin para que vino al mundo, y, sin advertir que no cumplía su deber con Dios ni con el prójimo, dejó que, en suavidad funesta, se deslizara un tiempo precioso que ya no volverá más!..

¡Todo lo ha perdido!.. No vió el *ingrato* las esperanzas divinas, que activas avanzaban hacia él, y desoyendo la voz amiga con que insistentes le llamaban dió lugar á que la *miseria inevitable*, la enfermedad, y la vejez, hicieran añicos su quebradizo cuerpo, y, cuando menos lo esperaba, se le hizo tarde para volver su voluntad al bien!..

Isidro BENITO LAPEÑA

Avila 14 de Octubre de 1904.

REDENCION

En una aldea escondida
y á la puerta de una casa
que por su ruín apariencia
ser de pobres demostraba,
una tiernecita niña
hondos suspiros exhala.
Grande debe ser su pena
pues de llorar nunca acaba,
y sus ayes lastimeros
el corazón despedazan.

Enjúgase las mejillas
que ragan con abundancia
líquidas perlas que brotan,
de su pupila anegada,
y dirigiendo á los cielos
la pura expresión de su alma
entre sollozos y quejas
la inocente niña exclama:
¡Que haré yo, sola en el mundo,
hoy que la muerte tirana,
me separó de la prenda

querida de mis entrañas!
¡Mi padre! mi pobre padre
que era el sostén de la casa,
exhaló su último aliento
al caer el día; mañana
no habrá quien me dé un pedazo
de pan, aunque humilde vaya
mendigando por la aldea,
y en mi existencia menguada
remedio no habrá á mis penas
ni hallará mi dolor calma,

si tu no acojes ¡Dios mío!
esta mi triste plegaria.
.....
Mas cuando el sol sus fulgores
tras los montes ocultaba,
una singular matrona
se acercó á la pobre estancia
y con voz dulce la dijo:
Huerfanita infortunada,
aun hay almas en el mundo
que se apiaden de tus lágrimas.

Amaste á Dios, Bien Supremo,
El te inspiró confianza
en tu dolor; ven conmigo
siga la tuya á mi planta;
nada temas, el trabajo
redimirá tu desgracia,
y en tanto tus manos tiernas
á la labor se preparan
en la Caridad encuentra
el apoyo que te falta.

D. Ortiz de Pinedo.

La Hacienda de Todos.

LAS TRES CAJAS

Gran consuelo experimenta el alma en esta época materialista al ver alborozarse á un pueblo en su grandiosa fiesta entregándose á las dulces expansiones de su religiosidad y de sus sentimientos cristianos. Dignísima es la Santa Doctora Teresa de Jesus de todo honor, y bien hace el pueblo de Avila en tributarla en este día todos los homenajes de respeto, de admiración y de amor que desde el fondo de todos los hogares se eleva en miles de oraciones, miles de súplicas y alabanzas sin cuento á la Santa Española, á la flor del Carmelo.

Este espectáculo conmovedor agita nuestro corazón y le embarga en recuerdos imperecederos, y elevan nuestra alma apartándola de la tierra á la región de lo eterno por el camino de la caridad y del amor.

El recuerdo de la Santa abulense nos hace fijar con predilección y gran afecto en los que sufren y en los que trabajan, en la clase obrera cuyo bienestar preocupa á todos y tan singularmente al Ilustre Prelado de Avila y al digno Patronato de Obreros de Santa Teresa que con sus sabias Conferencias y la fundación de una Caja para obreros, han dado una brillante prueba de su caridad.

En estos momentos en que por todas partes se constituyen Cajas de Socorro; Cajas de Resistencia y Cajas de Ahorro, tal vez sea oportuno un recuerdo que para consuelo de muchos, modestamente vamos á exponer.

En el lenguaje social van introduciéndose según los tiempos y las modas nuevas palabras, unas por derecho propio, y otras contrahechas por la malicia para llenar en la fraseología social un puesto según á los intereses del que habla conviene.

Una de estas que á cada paso se oyen á muchos de los que sufren, es como un grito de desesperación, como una protesta.

Léense con frecuencia en la prensa artículos en los que se trata de hallar solución y remedio para los desgraciados que llaman desheredados (1).

Desgraciado es el que padece desgracias y contratiempos y también es desgraciado aquel que pierde la gracia ó favor de alguno.

En el tiempo, en el corto espacio que el hombre vive sobre la tierra puede haber y efectivamente existen desgraciados, unos porque sufren contratiempos y desgracias, pasajeras al fin, y otros, más dignos de compasión porque quieren romper el lazo que les une con Dios.

Los hombres al entrar en el mundo traen consigo los medios todos que les son necesarios para su efimera existencia presente, y para la duradera y eterna. No era posible que los hijos del Rey de reyes fueran enviados al desierto de la vida sin que fueran provistos por la paternal providencia de los recursos y medios que debieran serles necesarios.

(1) Desheredado es el que ha sido excluido de la herencia y también se aplica el nombre de desheredado á aquel que ha degenerado de su familia obrando indignamente.



PATIO DEL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE ÁVILA

Todos tienen en sí mismos, en su alma, un capital inagotable de riquezas, y materializando este transcendental concepto podría decirse que todo hombre viene al mundo provisto de tres cajas que puede llenar á voluntad y constituyen su hacienda, y por su posición y su fin pudiéramos denominarlas cabeza, corazón y bolsillo, ó de la inteligencia, del corazón y de los intereses materiales.

En todas, la Providencia ha colocado, como el labrador en la tierra la semilla, el germen y la aptitud necesaria para su enriquecimiento y ha provisto á la humanidad de tres fuentes para aumentar el capital de cada una de ellas.

Forman la base de la primera la fe y la esperanza, de la segunda la caridad ó el amor y de la tercera el trabajo y son las fuentes que las aprovisionan la instrucción, la educación y la laboriosidad.

El hombre tiene siempre á su alcance los medios de aumentar el caudal de su inteligencia perfeccionando la fe y la esperanza con las eternas verdades y su entendimiento con la ciencia.

Puede aumentar también su caridad con el mayor amor á Dios y al prójimo y enriquecer su corazón de delicados sentimientos con una perfecta educación.

Y por último puede proveer al au-

mento de los recursos materiales para la vida con el honrado trabajo, constituyendo de este modo su capital y su hacienda en estas tres cajas de que debe usar con ventaja propia y en beneficio de sus semejantes, procurando no amontonar con ansia gran peso en la de los intereses materiales para que tirando del alma demasiado no den con el corazón en tierra, ni tampoco llenar la de la inteligencia con el humo de la falsa ciencia para que, como hinchado globo, no lleve tras de sí pendiente el corazón expuesto á una caída.

De este modo, así distribuido el peso, la marcha sobre la tierra es fácil y suave á todos.

En estas tres cajas han de encontrar los Reyes cuanto conviene á su alta misión; de ellas han de sacar los medios de conservar la fe tradicional de su pueblo, la esperanza para el porvenir, la ilustración y la ciencia para difundirla en la inteligencia de sus súbditos, la caridad y el amor hacia su pueblo, mejorándole á la vez con los medios de una perfecta educación y cultura, y por último aumentando su riqueza material y su engrandecimiento con el desarrollo y generalización de las Artes, de la Industria, del Comercio, en una palabra, del trabajo.

En ellas han de encontrar los que gobiernan y los que administran los

pueblos, mejor que en sofisticos programas, el modo de cumplir en conciencia y con honradez los compromisos de su alta misión y de la lealtad que á su patria y á sus súbditos deben.

En ellas hallarán los administradores de la justicia los medios de que la balanza de la ley se aproxime al fiel ya que la justicia absoluta no puede ser patrimonio de este mundo según la divina palabra.

De ellas sacarán los desgraciados los medios de su mejoramiento social y material, la emancipación del mal, el aumento de su bienestar.

Y por último, el pueblo que tales ejemplos contempla y tan grandes beneficios recibe, los devuelve á sus bienhechores y á su patria en un himno de amor.

Así como cuando del cielo descende la lluvia benéfica fecundando la tierra, ésta como enseña de agradecimiento devuelve al cielo con el agua que ha recibido en himno de gratitud el perfume de sus flores y el aroma de sus frutos.

Todos los hombres deben usar de estas tres cajas en beneficio de los necesitados para socorrer con el tesoro de su inteligencia á los que de consejo necesitan, con el tesoro de su corazón á los que de su caridad han menester, y con el tesoro de sus bienes materiales á los que carezcan de lo necesario para la vida.

De este modo, empleando constantemente algo de las tres cajas en el alivio y consuelo de los necesitados y socorro de los que sufren, y más especialmente de los desvalidos, llegaría la sociedad á una paz completa, sin odios de clases, y desterrado de ella Cain, los hombres cumplirían su destino, y los lazos de la verdadera fraternidad unirían con sus inefables dulzuras á los hombres.

Que la Santa Doctora compendio de perfecciones, rica en su inteligencia y en su corazón, provea á enriquecer las tres cajas de los obreros de su Patronato y de todos los necesitados, y bendiga desde el cielo como cariñosa Patrona nuestra en el día glorioso de su fiesta á cuantas han llevado con afecto su nombre y muy particularmente á los que hoy nos reunimos en memoria suya y la ofrecemos nuestra sumisión y nuestro amor en esta gloriosa y honrada tierra de Avila.

J. Manuel Ruiz de Salazar.

Avila 15 de Octubre de 1904.

CORAZON DE ORO

I.

Allá, cuando el sol descubre las portentosas bengalas que convierten los celajes en policromas guirnaldas; cuando comprueba el poeta que hay algo que no se canta y el pintor mucho percibe que al lienzo no se traslada; cuando los pájaros lucen lo más rico de su gama para hacerle los honores al Astro-Rey, que se marcha; cuando la hembra termina y en el hogar se preparan para abrazar al huebrero

los brazos de la aldeana; en aquella hora en que Dios al reasumir la jornada otorga sus bendiciones á todos los que trabajan, ha siglos acontecido entre dos ilustres damas una escena que merece ser en mármoles grabada.

El vespertino crepúsculo —representación fantástica de la vida que se aleja y de la muerte que avanza— envolvía en su penumbra cual queriendo acariciarlas á las famosas actrices del interesante drama.

II.

Impetuoso va el río. Por una de sus orillas paseando está una joven de belleza peregrina.

Viste de monja el ropaje que sus encantos aviva, y un libro abierto sostiene y en él su mirada fija.

De cuando en cuando suspende la tarea intelectiva, alza sus hermosos ojos á los cielos, y suspira, mientras en su derredor revuelan las golondrinas y redoblan sus gorjeos tal vez expresando envidia.

Cuando la arrogante monja se muestra más abstraída en la lectura de aquello que al parecer la electriza, un alarmante plañido todos sus nervios agita, su cuerpo gentil se yergue, resplandecen sus pupilas, y cuando ya del lamento el origen averigua, en el río se sumerge como misteriosa Ninfa. Lucha con las ondas bravas, languidece, se reanima, se hunde, de nuevo aparece, y tras enormes fatigas logra arrebatar su presa á la inclemente avenida.

Y allá va la hidalga monja, allá va con su carguita dando sendos tropezones hasta que llega á la orilla.

Allá va sin haber visto ni aun la cara de la víctima por no robar ni un instante á la labor altruista.

Ya llega por fin á tierra y la carga deposita sobre la mullida alfombra de las márgenes floridas.

III.

Cuando en el ser transportado la pobre monja repara, parece que de su pecho quiere arrancársele el alma.

Allí está lívida y yerta la que adora como á hermana, pues aun más que por la sangre están identificadas porque sus dos corazones con un solo ritmo marchan.

Para ellas eran las penas bastante menos amargas, pues como las alegrías entre las dos las llevaban.

Así que, al sentir la monja que aquella vida se escapa, para físico remedio no ocurriéndosela nada apela de todo bien á la fuente Soberana: hinca en tierra las rodillas y articula una plegaria.

Y fuera porque la oyessen en las regiones más altas, ó porque las energías de la joven reaccionaran, es lo cierto que la inercia trocóse en besos y lágrimas que eran conciso pregón de una vida restaurada.

.....

Quien arrojando peligros que á muchos hombres espantan así salvaba una vida por bondad sólo del alma, entonces era la monja Teresa Sánchez Ahumada y hoy es eximia Doctora á quien llamamos *la Santa*.

Y la joven cuya muerte la monja evitó magnánima, era su prima María, por Teresa idolatrada.

Marceliano Rivera.

Nuestros grabados.

Plenamente convencido de la verdad que encierra el aforismo *Sancta Sancte sunt tractanda*, jamás me he atrevido á escribir nada relativo á Santa Teresa de Jesús: así lo he declarado á mis íntimos y así he contestado á cuantas invitaciones se han hecho en este sentido. ¡Tan pigmeo me siento ante la colosal figura de la Santa de Avila!

Tanta es la veneración, tan profundo el respeto que me inspira la segunda patrona de España, que mi pluma permanece estática ante la inmensidad del asunto, ante lo inefable de aquella sabiduría, ante el fuego de aquel abrazado querubin, de aquella alma congestionada de amor, autografiada magistralmente en estos paradójicos versos:

«Vivo, sin vivir en mí:
y tan alta vida espero,
que muero, porque no muero.»

¿Quién no se arrebató ante semejante arrebató? ¿Quién no se inflama al sentir los borbotones de sangre roja, muy roja; los empujes de un corazón aprisionado y que sacude con potente golpe los lazos carnales que le sujetan? Pues bien, todo esto es una dificultad más para escudriñar los repliegues de un alma grande y sorprender en ella la formación de una idea. ¡Misterios insondables! ¡Secretos que el «Jesús de Teresa» guarda para sus almas favoritas! ¡Finezas del amor divino que no acertamos á interpretar los humanos! ¡Obsequios delicadísimo que abisman al mortal que los medita!

No, no puedo penetrar en el fondo de aquel misticismo indecible, de aquel idealismo angelical, de aquella santa despreocupación por la vida del mundo, de aquella metafísica sutil, laborada por el entendimiento vigoroso de la gloriosa Virgen Carmelitana.

No, no me atrevo á traspasar los dinteles del recinto sacrosanto de aquella teología sublime cuyas puertas se abrieron de par en par al sentimiento de un corazón femenino y á las lucubraciones de un espíritu exaltado. No seguiré, con los tardos pasos del hombre, el vuelo del águila, que escala las cumbres del misticismo; ni pretenderé rastrear en el fondo de aquella extraordinaria criatura en quien los sueños de su espíritu no adormecieron jamás su actividad y su criterio humano.

Admiro en silencio la sublime magestad de su alma, la colosal altura de su entendimiento y me complazco en mirar cómo se cierne sobre las nubes, sin perder la cabeza; cómo se sumerge en el idealismo, sin llegar á lo quimérico, cómo se abisma en el éxtasis, sin incurrir en lo fanático.

Reproduzco en mi interior el carácter jovial, vivo, decidior y ocurrente de la Santa, tal y como se desprende de sus cartas, llenas de inimitable gracia y encanto; la comparo con aquellos hombres severos, grandes pensadores de su tiempo, y mi corazón y mi entendimiento se postran á la vez ante los altares de la Religión y ante los altares de la Ciencia.

La *fémmina inquieta* y *andariega*, tuvo por amigos á Juan de Avila, á

Fray Luis de León, á Fray Juan de Yepes, á San Pedro de Alcántara, al Duque de Gandía, á S. Luis Beltrán... Unos fueron Santos, otros fueron Sabios. Los han canonizado la Religión y el Progreso, la fe y la Ciencia. Sus destructores permanecen ocultos por el velo de la caridad, la historia les hace justicia desconociendo sus nombres.

Aquella mujer extraordinaria, aquella escritora insigne, aquella Virgen seráfica parece que vino al mundo para esparcir en su derredor los fulgores de la ciencia y de la virtud.

Solo los entendimientos gigantes descubren con su poderosa vista todo el horizonte; solo ellos producen relámpagos que iluminan las tinieblas del mundo y del espíritu.

Por las razones expuestas he preferido tomar para mí la parte más insignificante del presente número, y tal vez holgaran estas líneas si EL DIARIO DE AVILA no hubiera de pasar los límites de la provincia.

Muchos de sus lectores conocen la historia y las bellezas artísticas con cuya representación gráfica se engalana hoy la más antigua publicación periódica abulense; casi todos saben la relación que guardan con la vida laboriosa de la insigne reformadora del Carmelo; pero es menester decirles que afanoso EL DIARIO DE AVILA por contribuir con su óbolo á la mayor honra de la Mística Doctora, no ha reparado en sacrificios, ni ha vacilado en solicitar la cooperación de sus amigos para confeccionar este número.

No seré yo quien celebre sus trabajos literarios: haré constar, sin embargo, que los excelentes fotogramas que exornan sus páginas, se han hecho en uno de los mejores talleres de la Corte, con fotografías del inteligente aficionado al arte D. Angel Redondo de Zúñiga, cuya competencia han reconocido jurados expertos en la materia y cuyas obras pudo admirar el público perito en la última exposición de Arte monumental español.

La procesión de la Santa saliendo de la parroquia de San Juan. La procesión de la Santa ha revestido siempre gran solemnidad y ha sido un número culminante entre los cultos que Avila tributa á su patrona.

La Seráfica Virgen es conducida en andas, como el grabado lo representa, saliendo de la parroquia de San Juan Posee el Real Patronato una artística carroza, testimonio fehaciente del acendrado cariño de los abulenses á su Santa monja, pero que ya no se usa.

La iglesia como monumento tiene poco que agradecer á las artes. El celoso Obispo Fray Francisco Ruiz, secretario del Cardenal Cisneros, la restauró en tiempo de la Santa, sin dejar restos de la primitiva fábrica. Sancho Dávila, el héroe de Flandes y Portugal, reedificó la capilla mayor conforme al gusto de Herrera, y preparó allí su enterramiento.

Como monumento histórico podría compendiar gran parte de la historia de Avila por haber sido de la predilección del Concejo. Allí queda el *Zumbo*, campana de rebato que aun se emplea para anunciar los sucesos más extraordinarios. Allí arengó al pueblo la gobernadora Jimena Blázquez, cuando á la vista de un ejército moro, *non semejaba fembra, salvo fuerte caudillo*, y se llevó al adarve á las damas de la ciudad disfrazadas de soldados en sustitución de los bravos abulenses que hacían la algarada por las tierras vecinas. Y por último, como tierno recuerdo para el devoto, allí se conserva la pila donde fué bautizada, en 7 de Abril de 1515, una niña, que había nacido el 28 de Marzo anterior.

Nave central de la Catedral de Avila. Tiempos hartos infelices para las artes fueron los que labraron la churrigueresca puerta principal de la Apostólica Iglesia Catedral de Avila; en cambio, es harto grandioso el efecto estético de la nave central correctamente gótica, no corrompida ni refinada por el lujo. Grandes obras se ejecutaban en este templo cuando la Santa pudo frecuentarle, y no es de extrañar que el culto entonces fuera en él escaso; pero ya lucía en toda su magestosa sencillez aquella sorprendente nave central enriquecida con auríferos y cruzados arcos de lindísimos florones y aluminada por rasgados ventanales hasta el vértice de los lunetos, formando extensos muros de vistosa cristalería con armazones de piedra.

En su centro, el Trascoro despliega toda su prolija talla, y en lo alto, sobre un arco rebajado, descuella un crucifijo de mármol que trae á mi mente lo que en otra ocasión dije de aquel augusto recinto.

«Los pilares que trepan á la altura, que se esparcen cual nervios por las naves y dibujan florones en las claves, convergiendo en airosa curvatura. ¿Son del humano ser la oración pura, que en tiernas quejas y en acentos graves, cual variado cantor de gayas aves, hace llegar á Dios la criatura? ¿Son el poema de la roca fría formando intercolumnios que extremece el órgano con su trompetería? ¿Son la mano de Dios que allí aparece, que trémula de amor baja del cielo para clavar sus dedos en el suelo?»

Claustro de la Catedral de Avila. Una puerta semicircular y sin ornato pone en comunicación el templo con el Claustro, que presenta una de las más bellas perspectivas de nuestra Iglesia. Años antes de que naciera la Doctora de Avila, el cabildo encomendó á Pedro Vínegra el encargo de edificar dos de los cuatro lienzos del claustro y empedrar el patio; aunque es de presumir que antes existiera otro claustro, á juzgar por la arquitectura de algunos sepulcros y por las noticias de algunos documentos en que se hace referencia á los trabajos de Sansón Florentín, que por los años de 1483 pintaba en las paredes asuntos bíblicos y episodios de la vida de Jesús.

Cada una de las galerías contiene siete arcos ojivales con artísticos huecos, hoy tabicados, y entre los cuales se alzan por fuera airosos contrafuertes que rematan en crestería y dejan paso al coronamiento donde aparecen en agradable mezcla los estilos ojival y plateresco.

Plazuela y casa natal de Santa Teresa. La Plazuela de la Santa es tal vez donde la policía moderna ha dejado más honda huella. La reciente fachada de los proyectados Biblioteca y Museo Teresianos contrasta con la de la Audiencia, antigua casa de los Velas y escuela militar á mediados del siglo XIX. El pavimento, con ser uno de los más oprimidos por los menudos pies de las lindas abulenses, revela en sus hierbecillas de Agosto, en su patina musgosa el *dolce farniente* en que la ciudad descansa desde que sus palacios quedaron vacíos porque sus dueños prefirieron el fausto de la Corte. Holganza sugestiva, reposo augusto que ahora interrumpe con frecuencia el rápido rodar del automóvil con su antipático *taf taf* y el penetrante olor de gasolina.

En verdad que es una impresión *sui generis* la que produce el novísimo artefacto circulando por aquellas solitarias calles, deslizándose vertiginosamente al pie de la muralla y cruzando con velocidad pasmosa aquellas puertas fortificadas: son el presente, y el

pasado en amigable consorcio que reclaman una pluma hábil que entone un solo canto á los prodigios de la moderna cultura y á todo aquello conmovedor y hermoso, que el tiempo ha acumulado sobre las vetustas fábricas que nos refiere la Historia de los siglos.

Ni el sentido histórico ni el estético se han puesto de acuerdo con el sentido religioso en cuanto á la conservación y restauración de la casa donde nació Santa Teresa de Jesus.

No busque allí el curioso la distribución de la morada antigua, ni siquiera la alcoba en que vino al mundo la seráfica Virgen: sólo queda el solar con los recuerdos vagos de la tradición.

La fábrica actual del convento de Carmelitas descalzos, obra del siglo XVII, acusa el barroquismo de nuestra decadencia, en cuyo tiempo se cometió la torpeza de arrasar la primitiva morada.

INSISTIENDO

Hablar de nuestra Santa y decir de ella algo nuevo en las columnas de un periódico abulense, tan difícil nos parece ante la pequeñez de nuestras fuerzas, que preferimos seguir otra senda, dejando la que pudiéramos llamar clásica para plumas mejor cortadas y talentos reconocidos.

No por eso eludimos la obligación en que nos pone la festividad del día de honrar á la Doctora insigne, gloria inmarcesible de su religión y de su patria, de la patria grande y de la pequeña patria, porque la fama de Santa Teresa traspasa no solo las murallas de la vieja ciudad en que nació sino las fronteras de España y hasta los confines del mundo ¡Como que Teresa de Jesus es una de las mayores glorias del Cielo!

Quisiéramos algo más que hablar de Santa Teresa. Se ha dicho tanto de ella, que parécenos llegada la hora y sobre todo para Avila de dar fin á las palabras y comienzo á los hechos.

Muy dulce será siempre enaltecer lo que se ama, pero es más grande y más hermoso probar con actos que el amor que se proclama no es un mentido amor; que esa piedad y devoción que por la egregia Reformadora asienten sus paisanos, no son piedad y devoción pasajeras, sino veneración que sale de lo profundo del alma y se esculpe en monumentos cuya grandiosidad lleve el eco de su memoria á través de los siglos para estupefacción de las generaciones que nos sigan.

No hace mucho tiempo, con igual motivo que hoy, decíamos desde esta columna. «Teresa de Jesus recibe en Avila culto en modesto templo, mientras que Alba levanta magnífica, suntuosa iglesia en honor de la Mística escritora. ¿Por qué Avila no ha de emprender y terminar dentro del siglo actual la construcción de una soberbia, monumental basilica, sobre el mismo lugar donde su hija predilecta vió por primera vez la luz del mundo?

Perdióse en el vacío la idea: nadie que yo sepa la recogió. No es extraño: era mi clamor, clamor humilde para pensamiento tan grande. El fracaso, sin embargo, no me arredra, y mucho menos tratándose de sublimar á nuestra Santa. Por eso insisto en ello, y en tanto aliento tenga y ocasión se presente insistiré sin vacilación.

Las dificultades serán muchas, no lo dudo, pero hay en la vida nada importante que de ellas no esté preñado? ¿A quién, con excepción de la indomable voluntad del finado P. Cámara, no pareció un sueño su proyecto de basilica teresiana? No obstante, la basilica se levanta.

Y si en Alba, sepulcro de nuestra Santa, se eleva monumental basilica, ciclópeo relicario para el cuerpo bendito de la Seráfica Virgen Carmelitana, ¿por qué en Avila, donde se mecía su cuna y pasó la mayor parte de su vida, no se ha de levantar otro templo igual?

En Avila, precisamente, suele habitar durante los rigores del estío el notable arquitecto director de las obras de la basilica teresiana de las orillas del Tórmes, Sr. Repullés, y seguramente, porque es grande el cariño que profesa á nuestra ciudad, pondría á contribución todos sus talentos, que no son pocos, para hacer un proyecto, si se le encomendara, expresión sublime del amor inmenso que á Santa Teresa de Jesus profesan sus paisanos, los hijos de esta hidalga tierra de santos y de cantos.

Acójase la idea con entusiasmo; aumenos esfuerzos; hablemos menos pero hagamos más; no vacilemos en la empresa; no reparemos en obstáculos;

Sin embargo, el creyente que visita aquella alcoba, que venera las santas reliquias, que pisa el jardín, recuerdo de la huerta que presenció los juegos infantiles de la Santa, advierte la presencia de algo grande en aquellas reducidas estancias; experimenta cierta beatífica tranquilidad que invita á la oración y al recogimiento, y adivina en el ambiente un *quid* inefable que llena el alma de tiernos recuerdos, de gratas esperanzas, remontando el pensamiento al 28 de Marzo de 1515 en que allí nació la que se llamó en el mundo Teresa de Cepeda y Ahumada y Teresa de Jesus en el claustro, y la posteridad le aclama como Virgen Seráfica, Doctora Mística, Santa bendita, Columna de la Iglesia, Lumbrera de la ciencia, Reformadora insigne, gloria de las letras, Patrona de España, delicia de los abulenses y asombro, en fin, del mundo de los santos y del mundo de los sabios.

Madrid-X-904.

Valentín Picatoste.



PLAZUELA Y CASA NATAL DE SANTA TERESA

Teresa de Jesús es conocida y amada en todo el orbe católico y todos nos ayudarían: con ello la honraríamos tanto ó más que cantando sus virtudes que nadie ignora: cuantos algo significan y son en Avila patrocinarian con decisión el pensamiento; y si faltase lo que es más necesario, una voluntad de hierro, un hombre de corazón magnánimo, resuelto y enérgico, ese hombre surgiría como surgen los caudillos en el campo de batalla.

Dios, que tanto amó á Teresa de Jesus, bendeciría nuestra obra, y cuando escalásemos las bellas, potentes y elevadas cúpulas de la basilica, y sobre ellas, como queriendo rasgar las nubes y vislumbrar la Gloria, colocásemos la enseña del Crucificado podríamos decir llenos de gozo.

Ya estamos más cerca de Santa Teresa.

Esteban Paradinás.

La Muerte de Santa Teresa de Jesus.

POLÍMETRO

Vino la noche serena
Y la luna plateada
Brilla en cielo de zafir,
Y un alma de amores llena
De su Dios enamorada
Al cielo anhela subir.

Cercó la muerte su lecho
Y palpó su hermosa frente,
Que al punto palideció,
Y Teresa contra el pecho
Con espíritu ferviente
La Cruz de Cristo estrechó.

Aquella vista apagada
Al cielo amorosa tiende
Bañada el alma de amor,
Y su voz entrecortada

Así el aire sutil hiende
Exclamando en su dolor!—

— «Adios suelo,
»Que en el cielo
»Tengo mi felicidad;
»Do mi alma
»Dulce calma
»Para siempre gozará!
»Fementida,
»Aborrecida
»Es tu gloria para mí:
»Son tus dones
»Ilusiones
»Tus placeres polvo vil.—

»Guarda tu oro,
»Gran tesoro,
»Del metal preciado don.
»Son tus flores
»Sinsabores;
»Adios, mundo! adios! adios!

— «Que es el cielo
»Mi consuelo
»Do veré siempre á mi Dios,
»Y entre nubes
»De Querubes
»A la Madre del Señor.

— «Virgen más pura
»Que el sol radiante
»Entre celajes
»De nubes mil,
»Vuelve tus ojos;
»En carcel dura,
»Ay ¡Triste muero;
»Que no consiente
»Mi dulce anhelo
»Vivir sin Ti!

— «Del cielo Señora,
»Más bella que el sol,
»Ay ¡llegue á tu oído
»Mi humilde oración,
»Escucha cual late
»Mi pecho de amor,

»Y llévame al cielo
»A ver á mi Dios!

— «Eres luz bella del claro cielo
»Rosa fragante de Jericó,
»Vuelve tus ojos hacia este suelo,
»Llévame al cielo, contigo anhelo
»Ver á mi Dios!

— «Palma frondosa que al viento ondea
»Pebete ardiente de puro amor,
»Flor olorosa de Galilea,
»Vuelve tus ojos hacia este suelo,
»Llévame al cielo, contigo anhelo
»Ver á mi Dios!

— «Iris radiante que paz augura,
»Blanca azucena de suave olor,
»Maná que encierra vida y dulzura,
»Vuelve tus ojos hacia este suelo,
»Llévame al cielo, contigo anhelo
»Ver á mi Dios!

— «Blanco sagrado de mil amores,
»Madre piadosa del pecador,
»Bálsamo santo de mis dolores,
»Vuelve tus ojos hacia este suelo,
»Llévame al cielo, contigo anhelo
»Ver á mi Dios!

— «Del cielo Señora,
»Más bella que el sol,
»¡Ay! llegue á tu oído
»Mi humilde oración,
»Escucha cual late
»Mi pecho de amor,
»Y llévame al cielo
»A ver á mi Dios!»

— Pasó la noche serena
Y la luna plateada
Dejó el cielo de zafir,
Y un alma de amores llena
De su Dios enamorada
Vióse á la gloria subir.

Avila 12-10-1904.

X

SANTA TERESA DE JESUS

(Retrato según descripción de su confesor Francisco de Rivera)

Era ya en sus mocedades de magnífica estatura.
Faz risueña y agradable, con la nítida blancura
de las nieves que en la sierra son besadas por el sol,
contrastando con lo negro y encrespado de sus rizos
que hacen múltiples sus gracias, aumentando los hechizos
que la sirven de aureola y de mágico arrebol.

De la izquierda, en su mejilla, ostentaba tres lunares
como estrellas desprendidas de los célicos lugares
donde al fin de aquesta vida volverían á tornar.
Ojos negros y expresivos, con la luz de los encantos,
el idioma de los dioses y el lenguaje de los santos
que convencen cuando miran solamente con mirar.

Las orejas diminutas; la nariz fina y pequeña,
de ventanas arqueadas y de punta algo aguileña,
cual modelo que tomara para Venus el autor;
la garganta blanca y fina cual la piel de la gacela;
despejada y ancha frente que, á su vista, se revela
el gran dote extraordinario de un talento superior.

Boca fresca como el agua de la más fresca fontana,
belfo grueso, algo caído, enseñando más la grana
que titila balbuciendo cuando reza la oración,
y que, tras su celosía, se vislumbra el blanco diente
como perla transportada de los mares del Oriente
que se engarza entre rubies para más admiración.

Era asaz extraordinaria la hermosura del semblante.
Apacible y muy serena su mirada rutilante,
era colmo de dulzura, de amor santo y de bondad.
Cuando el éxtasis divino sus mejillas encendía,
el mirar de aquellos ojos más bien fuego parecía
adquiriendo un grave aspecto de pureza y santidad.

Vedla hermosa! de rodillas sobre el duro y frío suelo,
encontrando en el martirio lenitivo al desconsuelo,
porque sufre por su amado, porque sufre por su Dios,
y, su espíritu elevando, extasiada en cuerpo y alma
en su amor místico y puro halla entonces dulce calma
porque se aman, y se entienden, y se ven así los dos.

Esta fué Santa Teresa. La seráfica Doctora,
lor y asombro de los mundos como Santa y escritora
que del Cielo recibía la divina inspiración.
La que fué, tras vejaciones y desgracias infinitas,
fundadora de la Orden de Descalzos Carmelitas
y alma pura por el fuego de la transverberación.

Como mujer, fué sencilla á pesar de su hermosura;
como autora, tan preclara que su talento fulgura
en las páginas brillantes que para gloria escribió,
siendo fuente inagotable de mística poesía
por el amor santo y grande que en su corazón ardía,
y como Santa... ¡tan Santa que muriendo no murió!

Gonzalo G. NANCLARES

TERESA DE JESUS

Sublime como escritora;
Grande como poetisa;
Como obediente, sumisa;
Insigne como doctora.

Como santa, inimitable;
Como mujer, hechicera;
Como sabia, una lumbrera;
Como mística, inefable.

Como apóstol, una gloria;
Célebre en sus fundaciones;
¡He aquí en diez malos renglones
De esa gran mujer la historia!

CH. DE L.

Eso escribía el año pasado y
poco más he de escribir éste, con-
formándome con emitir algunos
juicios sobre lo mismo, ya que mi

estado particular no me deja muy
libre ni el gusto para la elección
del fondo, ni la percepción para la
buena marcha de la forma.

Grande fué Santa Teresa; inmen-
sa su obra; pero lo que tal vez me
admire más en esa mujer que es
toda admiración para mí, es la ma-
nera como resplandecían en ella,
siempre unidos, lo divino y lo hu-
mano; cómo bajo unos pobres há-
bitos monacales sabía hacer que
resaltasen, hermanadas, una her-
mosura no común y una santidad
sin rival.

Para el alma del artista, Santa
Teresa será siempre lo objetivo y
lo subjetivo de la belleza, un caos
de inspiración en que el artista no
sabría qué admirar más, si la abne-
gación por la fe ó la sublimidad de
conservar esa abnegación, y pro-
pagarla sin perder de vista ni el
ideal divino ni la idea de lo que
puede en el mundo una mujer sa-
bia, y más si une á la sabiduría la
santidad y la belleza.

Santa Teresa conoce todo esto y
lo utiliza para Dios, y funda y re-
forma y propaga;... y es grande su
figura material de mujer, porque
no cede, y es sublime su figura mor-
ral, porque sublimes son los resul-
tados de aquella revolución de la
fe y del heroísmo de una mujer
fuerte.

Pero no hay solo esto. Teresa de
Jesus es poetisa, y produce la pœ-
sía de los genios esclarecidos: Está
dotada de un corazón que es ternu-
ra infinita, y sus endechas nacidas
directamente de él, llegan al cielo
y admiran la tierra, apenas han
brotado de su pluma de oro.

Es además doctora sapientísima,
é internándose como triunfadora
paloma por los piélagos de las ideas,
se abre mundos desconocidos en la
Teología, y busca en esos mundos
á Dios..., y le halla..., y tiene misti-
cismos grandiosos, para muchos no
conocidos, para muy pocos expli-
cados.

Deja después la pluma de oro
por la que brotaran endechas y se
reflejaran arrebatos de conciencia
ardiente..., y medita:...

*Vivo sin vivir en mi
y tan alta vida espero
que muero porque no muero...*

y con la meditación de estas inspi-
radas palabras, se eleva en espíri-
tu á regiones ignotas.. y tiene éx-
tasis de querube, en los que su al-
ma se une, se identifica con Jesus,
haciéndola después decir de aquel
tan admirable modo con que ella
escribía:

*Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo
hace á Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón.*

¿Y para qué seguir?... No conven-
dría al número, ni mis fuerzas pre-
sentes resistirían mucho más.

Basten, basten las mal trazadas
líneas anteriores para probar mi
entusiasmo por la heroína abulen-
se: que no es la proporción del tra-
bajo, sino la del corazón, la que se
ha de medir aquí.

Si yo tuviera que juzgar de Te-
resa de Jesus, no cumpliría al modo
especial con que la admiro, el lla-
marla, como la llaman sencillamen-
te sus paisanos, *La Santa*.

Creería mejor explicado ese mo-
do especial de admirarla diciendo
de ella que es *hermosamente santa*.

B. Chamorro de Luis.

RECUERDO

Era yo niño, y la soberbia hechura
de tus muros ingentes admiraba

si entre absorto y medroso contemplaba
de sus torres y almenas la hermosura.

De tus nobles guerreros la bravura
en mi mente la Historia ya esfumaba,
y en el alma con fuerza se grababa
de tus sabios y santos la figura.

En el crisol de la razón fundido
el recuerdo sublima la memoria,
que los hechos y nombres agiganta;

Mas... sobre todos ellos esculpido,
orlado está de inmarcesible gloria
el recuerdo sublime de la ¡LA SANTA!

Juán Arrabal.

Octubre 10 de 1904.

¡Si fuera ahora!...

Santa y Mística Doctora,
dices que no fue verdad
que ni aun el polvo quisiste
de este tu país natal.

Si no llegaste á pensarlo
sería porque en tus tiempos...
¡no existieran concejales
ni programas de festejos!

Julio Escobar.

TRES SALVES PARA LA SANTA

Llegó á esta gran capital
un pastor de la Moraña,
tan solo por ver las fiestas
que se hacían por la Santa,
y después de haber sufrido
durante su larga marcha
por sendas y vericuetos,
la inesperada desgracia
de que empezara á llover
y se empapara de agua
poniéndose hecha una sopa
todita la ropa maja:
por fin, sin saber por donde,
se halló en medio del Alcázar
y preguntó á unos chiquillos
en donde estaba la Santa.
Los muchachuelos al verle
aquella cara de pascua,
por divertirse, le dieron
una dirección contraria,
y el pobre del buen pastor
anda, que anda, que anda...
se pasó toda la tarde
dando vuelta á la muralla.
Cansado de tanto andar,
en un banco de la Plaza
sentóse el pobre del hombre
y de este modo pensaba:
—Pos mía que tiene narices
que venga yo dende casa
pa cumplir el encargoico
que traigo de la mi Juana
y no pueda yo rezarle
las tres salves á la Santa.
Estaba mi buen pastor
ya con la sangre hecha un ascua
cuando vió uno de uniforme
y yéndose hacia él le para
preguntándole lo mismo:
—Digame Ud. señor guardia:
¿por aonde puedo ir bien
pa encaminarme á la Santa?
—Pues, por esa carretera
que sigue por las murallas
hasta la segunda puerta.
—¡Con que la segunda! vaya,
que no soy ningún borrego
aunque me vista de lana...
¡Y pa eso tanto uniforme!...
¡Y tanto traje de guardia!...
—Pues vete por donde quieras
—Pues eso mismo ¡caramba!
Yo con rezar las tres salves
aquí mesmo, pues me basta.
Hizo luego un cucurucho
y se le arrimó á la cara;
le cerró con cuidado
y sobre el banco en que estaba
puso con letras muy grandes:
Tres salves para la Santa.
Quien las coja que las lleve
de parte de la tía Juana,
que yo me voy á mi pueblo
por no ver más á los guardias.

Francisco Mayoral.

Precio: 10 céntimos.

AVILA—Tip.ª de Sucesores de A. Jiménez.